

Para Enrique Alberto Servín Herrera,

# mi adorado Pëpilitikng

Gabriela Servín Herrera\*



No puedo más que dar gracias a la vida por haberme permitido ser tu hermana. Pepo, el segundo de la familia, y yo la cuarta, tu hermanita Höpilitikng, como amorosamente me decías.

A cada uno de tus seres queridos nos tenías un nombre difícil de pronunciar: a Pilar, Zazapiwak; a Lore, Wood; igual lo hacías con tus amigos. Ahora hemos escuchado que era el idioma servinio y que con él inventaste muchos nombres, con lo que mejor sabías usar, las letras y el corazón.

Desde niño, Enrique, fuiste diferente, hacías cosas que los niños de tu edad no hacían. Te llamó la atención como la señora Pinoncelly, la vecina, regañaba a sus hijos en otro idioma, en francés. Entrabas a jugar a casa de los Guglielmina y en lugar de ir con Humberto al jardín, ibas directo a la cocina a

preguntarle a María cómo se decían las cosas en italiano y, como si fuera una clase, lo llevabas anotado. Ibas al cine, a las reuniones de la familia o con los amigos siempre cargando varios libros, que cuidabas con esmero, los forrabas de manera que el polvo no tuviera posibilidad de entrar en esas hojas.

Un hermano juguetero. Nos hacías manita de puerco para que repitiéramos frases en otro idioma, alguno que jamás habíamos escuchado, ni sabíamos que existía, o nos agarrabas la mano y nos decías que “ese día seríamos tus esclavas”, nos ponías a rascarte, a cambiar la estación del radio, a cambiar la hoja del libro en turno, y nos soltabas cuando te aburrías. Era una manera de decirnos cuánto nos querías.

Un día le hablaron a mamá Julia (nuestra abuela) de la escuela religiosa donde cursabas la primaria y le dijeron que estabas leyendo a Marx, que había que llamarte la atención.

Sorprendías a los tíos con argumentos sobre temas complicados, siempre bien fundamentados.

Fecha de  
recepción:  
2020-08-05  
Fecha de  
aceptación:  
2020-08-11

DO  
SSI  
ER

50

\* Integrante de la Agrupación en Memoria del Poeta Enrique Servín.



Siempre admiré tu sabiduría, tu sencillez, tu generosidad, tu empatía, tu amor por la naturaleza, por los libros, por los idiomas, por las conversaciones que te escuché tener con los ralámuli.

Fuiste un maestro para muchos, para mí también, me enseñaste a respetar el amor en todos los sentidos y en todas sus formas.

Una mañana apareció tu amiga querida Luly Carrillo en mi casa, para avisarme que te habían asaltado y estabas hospitalizado. Tuve el honor de tenerte de huésped durante tu convalecencia. Las visitas que recibiste llenaban mi espacio con letras, con pláticas llenas de sabiduría, con personas que

jamás soñé que pisarían mi casa. Me dejaste cuidarte y chipiliarte, como resarcido el accidente que tuviste de niño al dejarte caer del estribo del Volkswagen de mi tía y caíste al filo de la banqueta, te recogieron y, mientras venía la ambulancia, te acostaron. Me recuerdo preocupada en la cabecera de la cama preguntándote cómo te sentías, qué necesitabas, y tú llorando me gritaste “no me hables, Gabriela”. Yo veía asustada como te agarrabas la cabeza... te la habías quebrado. Quizá esa fractura dio espacio a más neuronas y te hiciste tan sabio.

Enrique, le diste mil satisfacciones a mi mamá con tus logros, tus con-



ferencias, presentaciones, viajes, pero, sobre todo, con tu constante compañía todas las noches que ibas a verla, le llevabas tamales y la acostabas.

Siempre amoroso hermano, respetuoso. Alguna vez me trataste de convencer de que Dios no existe, te escuché y como me viste difícil de convencer, me dijiste “si quieres apegarte a una religión, ponte a estudiar budismo”. Me enseñaste a respetarte y tú me respetabas. Me hiciste aprender que, para ser buena persona, no necesitamos una religión, con empatía es suficiente. Me enseñaste que el valor fundamental es el amor sin límite, ni prejuicio, el amor es universal. Ahora me lo vuelves a decir en sueños: “después del amor, no hay nada”.

Me encantaba escucharte hablar de lugares que tú convertías en maravillosos, así fuera el río Sacramento. Escucharte hablar de valores humanos, en idiomas inimaginables. Mi maestro de vida.

Enrique, fuiste uno de los primeros regalos que la vida me dio.

Cuando cumpliste 60 años me dijiste “Gabriela, cuando ibas a nacer yo le ponía las manitas a mi mamá en su panza, dándote la bienvenida”.

Siempre me hiciste sentir muy querida.

No podemos más que dar gracias a la vida por darnos la inmensa fortuna de haberte tenido cerca.

Te vi en una posición espiritual, con tus cachetes sonrojados, tus ojos cerrados y te escuché decirme “Avisa, Höpilitikng, ya terminé aquí, tengo que trascender”.

Nos dejás millonarios con el amor de tus hijos, de tu nietecita, de tus amigos de Chihuahua, de México, del mundo.

Ayer recibí una llamada de Tere, la mamá de Kenia e Iram, preocupada porque no habías ido a trabajar y no le contestabas el teléfono. Fui a buscarte, llegué a tu jonuco, como le decías a tu casa. Como nunca nos diste llave, me dejaste la puerta abierta.

Entré con miedo, pero te encontré en paz. Te vi en una posición espiritual, con tus cachetes sonrojados, tus ojos cerrados y te escuché decirme “Avisa, Höpilitikng, ya terminé aquí, tengo que trascender”.

Buen viaje, Enrique, donde andes llenarás de luz, sabiduría y amor el camino que te toque recorrer. Tengo la certeza de que un ser tan maravilloso como tú, directo se va con los seres de luz.

Lo siento profundamente Mami, Pilar, Lore, Lalo, Jorge, Lupina, Sergio y Almendra, Luisa, Aguilera, Luis Enrique y Tasha, Eduardo y Laura, Andrea y Fede.

Lo siento profundamente amigos, alumnos, compañeros de trabajo, a todos los poetas y lingüistas, a todo Chihuahua, a todo el mundo, ¡lo siento mucho, mucho, mucho!

Descansa en paz, mi adorado Pëpilitikng.

*Ni mii wé gare* (te adoramos con todo el corazón).

10 de octubre de 2019,  
Chihuahua, Chihuahua.

